

La función de Adela

A los doce años, Adela sentía tal miedo de mis mascotas —una víbora de agua y una tarántula cariñosa— que corría a esconderse apenas me veía bajar la escalera de caracol de la escuela, rodeado de niños y niñas que me suplicaban dejarlos acariciar aquellas texturas fabulosas y calladas, terribles para unos e inofensivas para cualquiera. Cuánto más me hubiera gustado que ella se acercara a mis tesoros vivos. Guardaba su distancia como un templo.

Adela era insomne pero vehemente en la fidelidad a sus sueños. En la madrugada se levantaba a escribir los enredos de sus ojos cerrados para registrarlos como si se tratara de una bitácora inaplazable que iba avanzando, haciéndose visiblemente luminosa, rica en formas y experimentos verbales, como si buscara —al margen de la voluntad de su autora— un lugar para hacer un alto, sitiar el cansancio y por fin dar arreglo a su mente poblada de esa materia al mismo tiempo inconstante y tenaz bajo sus párpados. Escribir era una disolución en y una integración a mundos alternativos; era también una manera de neutralizar los ardores sofocantes de su primera adolescencia, pero sobre todo era el encuentro ritual con los instantes más delicados de la escritura, y a veces con los duendes rebeldes de una frase que escapaban entre sarcásticas risas por los rasgos educados de su caligrafía.

Cuando llegó a la edad de querer, lo que más me gustaba de Adela era su cabeza llena de conocimientos abstractos aprendidos precozmente y por cuenta propia, como las evoluciones fractales de Mandelbrot, la proporción áurea, la botella de Klein, la teoría de los números irracionales y otras tantas nociones de mineralogía y astronomía sobre las que elaboraba largas especulaciones. Por alguna razón su repertorio evitaba cuidadosamente las cosas vivas: ningún entusiasmo por los conejos o los caballos, los agapandos o los corales. Si acaso, los delfines atraían su atención y sólo los había visto al azar en un libro de tareas o en programas de televisión, siempre distraídamente.

Esta noche, al pasar frente a la casa de su madre, muchos años después de aquella primera tarde intensa y fugitiva que nos acercó hasta el solar del misterio, sentí la furia arrebatada que experimenta un hombre que ha perdido su capacidad de soñar. Superando con dificultad mi desarreglo interno, toqué a la puerta sin sospechar que algo puntual e inquietante había quedado de aquella joven sabia con quien descubrí las trampas de la libertad.

La madre de Adela, acogida por la vejez con suavidad parsimoniosa, me informó, no sé si distante o resignada, que su “hadita” había recurrido a la catatonia para librarse del recuerdo insoportable de su violación a manos del domador de un circo argentino. Me invitó a pasar a la sala, me sirvió un café y durante largos minutos devolvió mis miradas interrogantes con otras llenas de “imagínese usted por lo que he pasado”. Aunque me recordaba como condiscípulo de Adela en la universidad, no me tenía del todo presente, algo se trababa en su memoria tocada de canas. De pronto me miraba con familiaridad y desventura, pero a la vuelta de un instante sus pupilas llorosas se perdían en el resplandor eléctrico de un enorme ventanal que daba hacia el jardín umbroso de altas jacarandas.

—Le traigo unos papeles que me dejó su hija cuando se marchó a Varsovia la última vez

que la vi. Son textos excelentes que quisiera publicar en la casa editorial para la que trabajo como consejero.

—Adela no aprobaría sus intenciones —sentenció la anciana con un ademán insuficiente—, pero sumida como está en ese silencio obstinado, no creo que haya nada que le impida publicar sus locuras, salvo si fueran palabras contra Dios. Haga lo que quiera.

Salí de aquella casa con el ciego propósito de no volver jamás. Las pocas frases que crucé con la vieja sirvieron para convencerme de que Adela había llegado a perder la razón sin una razón de peso. Si, como afirmó su madre, había sido amada o seducida por un domador sudamericano, lo más probable es que Adela lo hubiera disfrutado bastante, ya que, hasta donde yo sabía, las únicas relaciones que tenía con el mundo de los vivos eran la que había entre ella y su madre, marcada por una frialdad casi futurista, y la que fuimos armando durante los lentísimos años que pasamos juntos en la universidad.

Vi por última vez a Adela en el pasillo principal de la Facultad de Filosofía y Letras. Nos reuníamos allí para conversar de sus temas favoritos, que no eran, por supuesto, los relacionados con nuestras labores estudiantiles. Hablábamos de los misterios del petróleo, de las formaciones rocosas en Australia, de los signos zodiacales y pocas, muy pocas veces, de nosotros mismos. Con bastante labor verbal de por medio, algunas tardes lograba hacerla aceptar mi invitación a tomar una cerveza o un vaso de vino en mi estudio, dos piezas, desorden generalizado, paredes carentes de buenas costumbres y música adelgazada por los rumores lejanos de la ciudad entonces quizá todavía admirable. Mucho tiempo había pasado desde que mis mascotas dejaron de ser mi única compañía. Pero ella no quería hablar de eso.

Los sueños de Adela, convertidos en algo parecido a poemas u oraciones al borde de la mística, me recordaban los procedimientos surrealistas, aunque en el fondo nada tenían en común con los maestros franceses. Me los leía con los dientes ligeramente apretados, perfectos como una ecuación, apareciendo y ocultándose cadenciosamente detrás de sus labios carnosos, formados con la paciencia y grata sensualidad con que se boga en un lago tranquilo.

“El ala de esta noche amplifica mi deseo hasta la vasija ceremonial que mis muslos han creado para la oscuridad de tus facciones extranjeras, diferencia bárbara que cede ante la cauda de sabores que te ofrezco sin rendirme, sí, fruto que se sirve con una risa abierta y con la piel a punto de manglar partido por la espada experta del relámpago, fruto de la espera, fruto de la lucha contra la neutralidad, fruto de ti, fruto amargo, desleal por sus fidelidades contrariadas, amor en la vendimia saturnina y en la embriaguez de playa que unas manos han arrancado al paraíso, al volar, al soñar, al irse o venir en la pequeña barca de los días...”

En ese punto mi excitación se había vuelto intransigente. Adela se tapaba la cara con las hojas de su manuscrito, dejando entrever sólo sus ojos de párpados orientales y largas pesta-



ñas de Sonora. Y luego, sonriendo y bebiendo otro trago de vino, me pedía una opinión que a duras penas podía ofrecerle, pero no para escuchar de mí algunas frases torpemente urdidas aunque apasionadas, sino para corroborar su triunfo sobre la intransigencia árida y pétreo que era su vida. Víctima ya del cordón trenzado por mí mismo en la admiración por su belleza, náufrago salvado milagrosamente por sus palabras, esclavo de sus miradas helicoidales, me lanzaba en pos de aquella diosa elocuente que por encima de los sueños ponía la palma de su mano en mis labios para evitar el beso que me hubiera coronado, blando monarca en un sucio palacio con paredes húmedas, tristes carteles de músicos decadentes y putas antediluvianas.

Si Adela y yo fuimos en un tiempo los magos de una fiesta entrañable, los amos de un entendimiento sin fracturas, ahora ambos pertenecemos a una zona franca y estéril que de lejos nos reúne. ¿Contactos reales? Los tuvimos todos y ninguno. Al terminar el último año de estudios, Adela tomó camino hacia la Europa central y no la he visto más. La virginal, la extraña, la sabelotodo me dejó, insólito alivio, un legajo con todos sus manuscritos y la sensación permanente de que las pasiones son para los demás, para aquellos que saben penetrar la piedra dura que mantiene fresco el manantial profundo, no para mí, profesor ilustrado en celibatos y sílabas y nada; ni para ella, "sed que se ahogó en su sequía", como se describió una noche en que estuvimos a punto de hacer el amor en los jardines del campus universitario. Por eso la noticia que me dio la vieja me hizo sentir una intensa, expansiva satisfacción, un entusiasmo rejuvenecedor que transformaría mi frustración en cosecha no sembrada. Caminé hasta mi casa concediéndome una última forma de reconciliación con mis días perdidos y, abriendo la boca para respirar mejor la grave decisión que estaba a punto de tomar, aceleré el paso hasta alcanzar la taquicardia, apretando contra mi pecho los papeles de Adela.

Que la divina proporción siga siendo el canon, que el teorema de Pitágoras quede como la ecuación perfecta, que los fractales continúen suspendidos en los ojos alucinados de Mandelbrot, que el desierto prescinda de nosotros y las entrañas de la Tierra aborten trozos de nuestra historia. Sólo espero que Adela permanezca en la estratósfera porque, como oscuro homenaje a su fruto envenenado y a sus mieles muertas, voy a publicar su libro con mi nombre.◇

